

impone al pasado el «final» de 1959 y obvia, por lo tanto, las contingencias realizadas o desaprovechadas que fueron posibilitando —pero de ninguna manera para cumplimentar un designio histórico— el triunfo de la revolución. En el guión de Casanovas, los tabacaleros tienen personalidad y voz propias, evolucionan, hacen alianzas, organizan manifestaciones callejeras, se van a la huelga, ganan y pierden. Aunque la mayoría terminó sumándose al independentismo, éste no se impuso como línea pues el anarquismo era un movimiento clasista y en sus filas también militaban peninsulares. Lo distintivo de ese primer movimiento obrero cubano fue, precisamente, su carácter plural: integró a criollos y españoles, negros y blancos, hombres y mujeres. Si bien el anarquismo desdeñaba la política, la dirigencia de los tabacaleros demostró una y otra vez una fina capacidad sobre el camino. En una ocasión, por ejemplo, dejaron perplejos a sus homólogos españoles cuando organizaron una marcha de seis mil personas en agradecimiento a los abogados que habían logrado la libertad de unos anarquistas falsamente acusados de asesinar a un líder obrero opuesto a las huelgas (pp. 250-251). «¿Qué hacían —se preguntaba *El Productor* de Barcelona— unos anarquistas vinculándose tan de cerca a un sector de la élite?». Hoy diríamos que política en el mejor sentido de la palabra.

La historiografía teleológica —que no es sólo la de después de 1959 como, por ejemplo, es evidente en la obra magistral de Herminio Portell Vilá— exalta la tesis de que en Cuba se libró una guerra de treinta años contra España (1868-1898). Los cubanos del siglo XIX —qué duda cabe— demostraron ampliamente sus habilidades militares en la Guerra de los Diez Años y en la Guerra del 95. No se trata de desvirtuar el heroísmo marcial sino de rescatar la valentía cívica que sabe cantar victorias parciales y que, por ende, vigoriza la convivencia sobre la base de la pluralidad. *¡O pan, o plomo!* no se adscribe a la tesis de los treinta años y, por ello, es un libro revisionista ante la historiografía teleológica y necesario para insuflar de civismo a nuestro imaginario político.

La década de los ochenta del XIX abrigó posibilidades de reforma —en última instancia ampliamente frustradas— que, en general, el independentismo y su historiografía pasan por alto o desprecian altaneramente. Quizás se deba a que fue entonces cuando más brilló el autonomismo, verdadero contrincante del independentismo ya que éste coexistía más fácilmente con el anexionismo. Además, contrario al separatismo en sus dos vertientes, el autonomismo se mantuvo siempre férreo ante la preeminencia absoluta de la legalidad y rechazaba tajantemente la proposición de que ningún fin por loable que fuera justificara el recurrir a las armas. Sin duda, también hay que saber cuándo las posibilidades de diálogo se agotan irremisiblemente y el sector ortodoxo del autonomismo no supo hacerlo. Pero, aun con ese horizonte de fracaso, la tesis de los treinta años simplifica y distorsiona lo que fue la década del ochenta y, por tanto, no valora lo imbricado de la política cubana de entonces. Los tabacaleros, como los autonomistas, nos dejaron un legado cívico que hay que incorporar como es debido a nuestra historiografía y a nuestro imaginario político.

Al terminar la relectura de *¡O pan, o plomo!*, me asaltó la comparación con *Insurgent Cuba: Race, Nation, and Revolution, 1868-1898*, el excelente libro de la joven historiadora cubanoamericana, Ada Ferrer. Ferrer documenta meticulosamente la propuesta de que el Ejército Libertador forja —si bien con incontables e irresolutas tensiones que luego se pondrían atrozmente en evidencia por la Guerra de 1912— una cubanidad multirracial. Ciento, pero es que el movimiento obrero anarquista nos ofrece otra metáfora: juntos, blancos, negros y mulatos (y mujeres, dicho sea de paso) convocaron huelgas, organizaron manifestaciones y sufrieron la represión española. En la Guerra del 95, los mambises no pasaron de 35,000; los tabacaleros, si incluimos a los de extramuros, fueron muchos miles más. La cubanidad multirracial aflora también al calor de un movimiento cívico. Casanovas, en fin, nos da un sinnúmero de pistas y hay que seguirlas para reforzar la doble armadura que viste a esta reseña. ■

Is anybody listening to the message?

TONY ÉVORA

Gustavo Pérez Firmat
Vidas en vilo. La cultura cubanoamericana
Editorial Colibrí
Madrid, 2000, 206 pp.

sión de un vaporoso desarraigo, el locativo los baja de las nubes para situarlos en un escenario concreto. La portada del primer álbum del grupo tras el cambio onomástico mostraba cúmulos de nubes sobre el horizonte miamense. La sensación de estar en el aire, de vivir en vilo, nunca desaparece del todo, pero llega el día en que adquiere un nombre y una dirección».

Vidas en vilo se publicó primero en inglés en 1994 como *Life on the hyphen*, algo así como *Viviendo en el guion*. No se trata del guion cinematográfico sino del que separa las dos marcadas idiosincrasias: *Cuban-American*. Como señala el propio autor-traductor, «una de las ideas rectrices de *Vidas en vilo*, precisamente, es que la cultura cubanoamericana surge de un ímpetu trasatlántico, de una vocación de traducción». Sin embargo, Pérez Firmat pasa pronto a una frase irónica, a pesar de la verdad que encierra: «Para muchos ciudadanos de la Cuba del Norte, el español es menos extranjero que el inglés».

«Un cubanoamericano, en Norteamérica, es un *Cuban-American*; la rayita que une (y separa) los dos gentilicios, ese puente que también es pantano, marca el lugar de contacto y contagio entre las dos culturas. Invisible en español, la rayita no pierde su potencia hibridizante; *Vidas en vilo* está escrito, desde, hacia y sobre esa rayita».

Una de las tesis de este libro, bien formulado y mejor escrito, es que la cultura cubanoamericana es en gran medida un logro del considerable grupo de criollitos que salió de la Isla cuando eran aún muy jóvenes. Nacidos en Cuba pero *made in the USA*, pertenecen a esa generación intermedia de emigrados cuya niñez o temprana adolescencia transcurrió en la Isla, pero que llegó a los estudios superiores o a la madurez en el Norte. Nacidos «allá», pero criados «aquí», y al no verse integrados plenamente en ninguno de sus dos países, se sienten marginales respecto a ambos.

Con razón afirmaba el musicólogo brasileño Arthur Ramos refiriéndose a los africanos secuestrados y llevados al Nuevo Mundo: «Cuantas veces el individuo es separado de su grupo cultural y puesto en contacto con otros grupos y otras culturas, tiende, en la

Encontro, 20 (primavera de 2001), 333-335

segunda o tercera generación, a olvidar las culturas primitivas y a asimilar las nuevas con que ha entrado en contacto».

El propio Gustavo Pérez Firmat es un caso elocuente del éxito de los cubanoamericanos. Poeta, ensayista y narrador, ha publicado tres colecciones de poesía cuyos títulos ya son reveladores de ese fenómeno: *Carolina Cuban* (1987), *Equivocaciones* (1988) y *Bilingual Blues* (1995). Su obra crítica incluye: *Idle fictions* (1982), *Literature and liminality* (1986), *The Cuban condition* (1989), *Do the Americas have a common literature?* (1990), *Life on the hyphen* (1994) y *My own private Cuba* (1999). Es también autor de un libro de memorias: *Next year in Cuba* (1995), publicado dos años después como *El año que viene estamos en Cuba*. Después apareció *Cincuenta lecciones de exilio y desexilio* (2000). Valga añadir que recién salido del horno *Next year in Cuba* fue nominado para el distinguido premio Pulitzer. Dos años más tarde, la revista *Newsweek* incluyó a Pérez Firmat como uno de «los 100 americanos a seguir en el nuevo siglo». *Anything but love*, su primera novela, apareció en el 2000.

Si bien es verdad que esta generación intermedia es marginal con respecto a ambos países, el natal y el adoptivo, el autor considera que lo contrario es igualmente cierto: «Sólo esta generación no es marginal respecto a ninguno de los dos... Aunque no se sientan totalmente cómodos en ninguna, son capaces de valerse de los recursos que ambas pueden ofrecerles... Uncidos a la tradición, pero abocados a la traslación, la generación del medio comparte la nostalgia de sus padres y el desprendimiento de sus hijos. Para este grupo, volver es irse, pero irse es regresar. La cultura cubanoamericana, lo que me da por llamar la 'Cuba del Norte', se despliega en ese intervalo, en ese vacío, en ese vío donde partida y retorno se confunden».

Incisivo, mordaz, Pérez Firmat estima que el encomiable esfuerzo por recrear la «Cuba de ayer» en la costas de Florida es a la vez admirable y desgarrador. La reencarnación miamense de tantos establecimientos y marcas es un mito que conforta; además, «se llega al mundo asistido por un obstetra cubano y se le dice adiós en los salones de una fune-

raria cubana, y entre parto y partida no hay razón para salirse del reparto». Esfuerzo admirable porque intenta alzarse por encima de la historia y de la geografía. Desgarrador porque está destinado al fracaso. «Por deliberado y consistente que sea, el simulacro de posesión no puede sostenerse indefinidamente. Llega un momento en que el emigrado deja de creer en la ficción de un exilio sin destierro», afirma Pérez Firmat.

En este sentido, el libro analiza la contribución de narradores del calibre de Oscar Hijuelos (nacido en Nueva York), Cristina García, Virgil Suárez, Pablo Medina y Roberto Fernández, así como los poemas de Ricardo Pau-Llosa y José Kozer. Por estas páginas discurren además grandes talentos musicales: Gloria Estefan, Willy Chirino, Hansel y Raúl, gente que crearon el sonido de Miami, aunque en los tres primeros capítulos el autor estudia la etapa pre-castrista para establecer el rumbo que tomarían los cubanoamericanos. Aprovecha sagazmente, por ejemplo, la dualidad rítmico-melódica y la estirada bemba cubano-americana de los primeros mambo de Pérez Prado para reafirmar sus convicciones, añadiendo que «el mambo es una música de aceptación y resistencia, que renuncia tanto al regreso como a la asimilación».

En 1951 salió al aire el programa televisivo *I love Lucy*, que llegaba a todos los confines sociales de Estados Unidos: el santiagueño Desi Arnaz y la estadounidense Lucille Ball arrebataron a los telespectadores hasta el último episodio rodado en 1960. A pesar de su acento, el personaje Ricky Ricardo que encarnaba Arnaz ha sido quizás el hispano de más impacto en Estados Unidos (superando la imagen del *latin lover* Rodolfo Valentino), a pesar de que la proyección de lo cubano solía salir caricaturesca o al menos condescendiente. Pero no deja de sorprender que el programa más divertido de entonces, que reunía a toda la familia frente a la pequeña pantalla, se centraba en un matrimonio «intercultural» entre una caprichosa pelirroja y un conguru cubano con un precario dominio de la lengua inglesa.

En 1953 Castro atacaba el cuartel Moncada; ese mismo año Jorrín arrasaba con el chachachá, llegando a derronar al mambo.

En 1954 Ernest Hemingway acababa de ganar el premio Nobel de literatura por *El viejo y el mar* (1952), la famosa novela sobre un pescador de Cojímar (entre un enjambre de ofrendas, la medalla commemorativa cuelga del altar de Cachita en el Santuario de El Cobre).

Disfruté mucho leyendo las breves introducciones con que Pérez Firmat abre cada capítulo y revela aspectos de su sutil cubanía, siempre ecuánime y reservada. Por otra parte, es una lástima que el índice onomástico no aparezca completo y que los cabezales de dichas páginas indiquen bibliografía (que no está incluida).

Como señalé al principio, *Vidas en vilo* es el octavo título publicado por la Editorial Colibrí, y puede adquirirse a través del 91 560 4911. Para mí, el número 8 corresponde a Oba, la deidad que encarna el interés intelectual en la cosmovisión afrocubana. Significativamente, Oba no se «asienta» sino que se recibe a través de Ochún (Cachita), y entre sus símbolos está una llave para abrir las puertas de la casa al dinero y la fortuna. Un conocido *pattakí* la presenta como buena y comprensiva e hija de Obatalá y Yemmú. Oba amaba mucho a Changó, pero éste andaba muy enredado con Oyá, la voluptuosa mujer que le había robado a su hermano Oggún. Sea como fuere, Changó y Oba contrajeron matrimonio. Oyá, por supuesto, ardía de celos; quería a Changó para ella sola y trmó una venganza. Fingiéndose amiga de Oba comenzó a llenarle la cabeza de pajaritos: «Ahorá todo va bien, pero créeme, pronto se irá con otra mujer y te dejará». «Pero, ¿qué puedo hacer para mantenerlo a mi lado?», repetía la ingenua Oba. «Hazle un amarre», le dijo Oyá: «A Changó le encanta el quimbombó. Córta-te una oreja y échala en el guiso. Cuando él la coma jamás podrá abandonarte». Oba siguió las malintencionadas instrucciones. Para que su marido no se diera cuenta de lo que había hecho se colocó un turbante que cubría el área mutilada. Cuando Changó vio la oreja flotando en el caldo se enfureció: «¿Qué quería es ésta, Oba?». Resumen del melodrama patakkiano: Changó la rechazó y no volvió a vivir jamás en su casa.

Y éste es un libro que trata de los que han perdido una oreja para adquirir otra. ■

Lo cubano como vocación

LOURDES GIL

Andrea O'Reilly Herrera

The Pearl of the Antilles
Tempe, Arizona, Bilingual Press,
2001, 353 pp.

Prefacio e introducción
de Andrea O'Reilly Herrera, editora
ReRemembering Cuba: Legacy of a Diaspora
Austin, University of Texas Press,
2001, 325 pp.

EN UNA ENTREVISTA QUE LE HIZO ELOÍSA Lezama Lima, Severo Sarduy contaba que en sus viajes por la India había buscado «las ajorcas de los orishas, el olor a caña de azúcar y el garabato furioso del índigo en las hojas del flamboyant». Sin tener que trasladarse a sitio tan remoto, todo exiliado comprende por qué el autor de *Maitreya* quiso rastrear las imágenes y sensaciones de su juventud. Sin embargo, las búsquedas de lo cubano que emprende Andrea O'Reilly Herrera en estos libros resultan más misteriosas, ya que el ámbito que intenta rearticuar es un mundo que nunca ha visto.

A diferencia de los otros escritores e intelectuales cubanos que orientan su escritura hacia nuevas indagaciones sobre la nación, O'Reilly Herrera nació en Estados Unidos, de madre cubana y padre irlandés. Con mayor precisión que Yocandra, el personaje simbólico de *La nada cotidiana*, Andrea nace el 1 de enero de 1959. Es además, su perfecto antípoda: si Patria —Yocandra es hija de la Revolución y personaje de ficción, Andrea es el ser real que ya nace como sujeto diáspórico. En su prefacio a *ReRemembering Cuba*, O'Reilly Herrera cuenta cómo desde los siete años rogaba a sus abuelos que le hablaran de Cuba. Más tarde, seguía a su abuelo por el jardín con una grabadora. A la muerte de éste, tres tías-abuelas centenarias, testigos oculares de la guerra de Independencia, continuaron aplaudiendo su insaciable apetito por conocer las